

Introducción a la calvicie

Solos,
porque sí,
de a poco, silenciosos,
los pelos de mi cabeza han escapado.
Repto: voluntariamente, solos,
yo no los eché; todo lo contrario: cada tanto les echaba Plusbell anaranjado
y hasta me dejé un tiempo los pelos largos
para que tuvieran más ser, más existencia.
Pero ellos igual se fueron,
y todavía sigue el ingrato éxodo capilar,
el otoño de mi sien:
¿la muerte empezó por arriba?

Veo disolverse paulatina,
irremediablemente entre mis manos el sueño noble del rulero.
El flequillo...,
ah..., de mi viejo flequillo que flameaba fresco como una pradera,
como una bandera en mi frente,
solo quedan estos dos pendejos
clavados en el cuero (ex)cabelludo de mi mente
(como Homero Simpson, como Ortega y Gasset)
sobre mis ojos oscurecidos.
Solos,
porque sí,
se fueron yendo,
se van!,
ya no me quieren!.

Por eso,
para protegerme sicológicamente
he comenzado a desapegarme de ellos:
a los que me quedan ya no les doy tanta bola como antes
y no paso ni cerca de la peluquería:
para que el vínculo se desgaste de una puta vez;
así cuando se hayan ido todos,
cuando me hayan dejado solo,
con la pura brasa ardiendo en la intemperie,
no los voy a extrañar ni voy a andar tristón por ahí.

